

Variaciones sobre las fases de la luna en la obra de Saramago

Rogelio Laguna

Las fases de la luna tienen nombres en las narraciones de José Saramago, a veces se llaman Lidia, otras veces María o Blimunda, a veces sólo llevan por nombre un detalle silencioso que pertenece a una mujer de la limpieza, a la esposa de algún médico, o nombra a una mujer que se sienta a ver pasar el agua en la orilla del río.

Lo cierto es que la luna aparece multifacética en la obra del nobel portugués, y se viste continuamente con nuevos nombres. La mayoría de éstos son viejos y ya lo han usado muchos rostros, como “María”. Y aunque viejos, cobijan, sin embargo, nuevas existencias dignas de escucharse.

Pero es notorio observar que en cada narración la luna sigue siendo una misma porque todos los nombres en Saramago se antojan como la variación de un ser casi infinito: astro embellecido con senos y vientre fértil, al que el escritor recurre en su escritura para obtener fuerza y claridad.

En ocasiones la luna aparece con poderes mágicos, como es el caso de Blimunda, cuya visión le permite ver más de lo que permite la tranquilidad del alma. Otras veces la luna tiene los ojos más lúcidos de todos, como aquella mujer de *Ensayo sobre la ceguera* que mantuvo la mirada clara mientras los demás, todos ciegos, tropezaban con cadáveres propios y ajenos en una ciudad suspendida en una visión blanca eterna; e incluso, en *El evangelio según Jesucristo*, la luna habla con ángeles y temé al polvo que brilla en medio de la noche.

Luna tierna y decidida aquella que sigue al soñador que pedía un barco en *El cuento de la isla desconocida*, mujer que atraviesa la puerta de las decisiones sin mirar atrás porque se ha enamorado. Luna poderosa la que recibe a Jesucristo para lavarle los pies y enseñarle las artes del cuerpo. Luna terrible la que persigue a un violonchelista en *Las intermitencias de la muerte* para quien significa el amor, pero también la muerte.

Y si llamamos lunas a los personajes femeninos de Saramago, es porque si pensáramos que las letras del autor son un gran mar sobre el que se erigen Lisboa y Portugal, son las mujeres las que mueven las mareas, las que se reflejan maravillosas en la

profundidad del lenguaje. La luna mueve las mareas de los océanos. Y Saramago construye a sus personajes femeninos con especial gravedad, de forma que su obra se ajusta a los movimientos de los personajes femeninos. Su voz narrativa se vuelve poderosa cuando habla desde ellas.

En la literatura portuguesa, como en casi todas las literaturas, se ha usado con importancia la imagen de la luna para acercarse a la figura femenina. Las mujeres de Saramago parece que dialogan, a la mejor involuntariamente, con aquella Matilde (luna plena) que Luis de Stau Monteiro enfrenta a los poderosos en su reconocida pieza teatral *Felizmente ha luar!* (1961).

La metáfora de la luna muestra belleza, pero abre una inquietud que parte de un hecho físico: la luna está privada de luz propia y depende de sol. Pasa por fases, cambia de forma, se renueva y mantiene una tenue claridad en medio de la noche que guía y consuela, pero todo ello depende de la luz de otro astro. En Saramago las mujeres son lunas, en efecto, no brillan con luz propia, porque su naturaleza es otra. No iluminan al mundo, permiten su profundidad, mantienen la conciencia en la oscuridad del horizonte. Son mujeres que están atentas, como la luna que cuida a la tierra nocturna. Ellas atienden al mundo, al amor, al hombre que las requiere para soñar o para alcanzar la tranquilidad, al hijo que esperan en el vientre.

No estamos diciendo que ser mujer signifique vivir de esta forma, ni que ellas sean peores o mejores que otros personajes femeninos de la vida real o de la literatura, pero sí que las mujeres en la obra del autor portugués se saben poseedoras de una condición que el sol no posee. Saramago en su obra sugiere que las mujeres se guían por una sabiduría que no puede surgir en el sol de lo masculino, invariante y brillante, que oculta las verdaderas formas.

La luna cambia, emite una luz tenue que no hiera la mirada, cobija el descanso de los hombres y de los animales, del mundo, en pocas palabras. La luna guía la existencia con otro tiempo. ¿Qué haríamos sin la luna en las noches de insomnio?

Los personajes masculinos saramagianos acuden a la luna a sanarse y consolarse. Alegoría posible del propio Saramago que acudía a Pilar para reposar su cabeza revuelta por las letras, y a la mujer a quien dedica la mayor parte de su obra.

Lo que hemos querido señalar es que la obra de Saramago surge de una voz que pertenece a las mujeres, a veces a la tierra, a veces a la noche, y a veces también a los hombres. Saramago es él mismo una luna que brilla con la sabiduría de las mujeres que tanto admiraba, como a su abuela, luna antigua rodeada de cielos estrellados, despreocupada por las máquinas, la tecnología y las prisas de la vida moderna.

Lunas hemos llamado nosotros a los personajes femeninos de Saramago, estarán de acuerdo que sería maravilloso pensarlas como Blimunda menguante, Lidia creciente, María nueva, María llena...